

el Archivo, antes de trasladarse al Palacio Arzobispal, entre 1900 y 1925, donde actualmente se encuentra, cogiendo además la esquina de Chicarreros y extendiéndose por la calle Hernando Colón -Alcaicería de la Seda-, en cuyo arco tuvieron un retablo callejero dedicado a la Inmaculada culto que practicaban desde el siglo XVII, en que promulgó el célebre "Breve" sobre el Dogma el Papa Paulo V, incluyéndose desde entonces el juramento de fidelidad a la Inmaculada en el Libro de Actas de Exámenes de Maestros Plateros desde el citado siglo XVII, reafirmandose así el carácter católico de la Hermandad y Gremio; estos aspectos quedan bien narrados por la autora, a lo largo de todo el libro, que consigue adentrar al lector en el ambiente histórico del pasado de la Orfebrería sevillana.

M. Victoria GARCÍA OLLOQUI

El Licenciado Francisco Pacheco: Sermones sobre la instauración de la libertad del espíritu y lírica amorosa. Estudio introductor, edición crítica, traducción, notas e índice de nombres de Bartolomé Pozuelo Calero. Prólogo de Juan Gil, Universidades de Cádiz y Sevilla, Sevilla 1993. 278 pp.

Francisco Pacheco (h. 1539-1599), nacido y criado en Jerez de la Frontera, donde es hoy bien notorio su apellido, estudió en Sevilla en la Universidad fundada por Maese Rodrigo, en la que alcanzó los grados de Bachiller y de Licenciado. Desarrolló su carrera eclesiástica en la capital hispalense, donde vivió hasta el final de sus días bajo cierta aureola de hombre sabio, santo y honrado [pp. 21-28]. Más que como autor de estos y de otros poemas e inscripciones, y de diversos tratados históricos, eclesiásticos y lexicográficos, el canónigo Pacheco es conocido por las inscripciones que compuso para monumentos tan emblemáticos como la Giralda, las salas de Cabildo, la capilla real y la custodia procesional de la Catedral de Sevilla, así como por los textos inscritos en los túmulos erigidos en esta ciudad a la muerte de las reinas Isabel de Valois y Ana de Austria, y del propio Felipe II [pp. 39-43]. También puede el lector calibrar la reputación del Licenciado Pacheco leyendo en este libro la recopilación de elogios que le dedicaron Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Fernando de Herrera, Rodrigo Caro, Juan de Robles, Juan de la Cueva, Vicente Espinel, y otros destacados escritores de nuestros Siglos de Oro [pp. 34-37].

Con todo, puedo asegurar que, más que por la destacada personalidad de Pacheco, este libro tiene interés por la actualidad del contenido de sus *sermo-*

nes, escritos hacia 1574 [p. 56], y por la calidad literaria de toda su poesía. Estos poemas, excelentemente editados y traducidos, están llamados a constituir por todo ello un importante referente para conocer las ideas políticas y sociales del grupo de poetas e intelectuales al que perteneció su autor [pp. 31-33]. Poco importa que hayan permanecido inéditos hasta hoy, pues en la época era poco viable imprimir o divulgar cualquier obra con una crítica social tan acerba como esta de Pacheco. Todavía hoy pueden producir cierto asombro sus proclamas (tan racionales como utópicas muchas de ellas) contra el belicismo, la monarquía, el clero, la aristocracia, el imperialismo, la propiedad privada, las leyes, la tortura y la esclavitud, y a favor de vivir en armonía con la naturaleza y en paz con uno mismo y con Dios [pp. 53-54]. Al igual que en las palabras de otros pensadores más remotos, pacifistas, republicanos, comunistas, anarquistas, ecologistas, evangélicos, espiritualistas y solidarios con los pobres, entre otros, pueden encontrar un precedente a sus ideales en estos *sermones*.

Pero aparte del propio Pozuelo, sólo Francisco Rico y Juan F. Alcina (el primer crítico moderno en reivindicar a Pacheco), en su introducción a la *Epístola Moral a Fabio* de Andrada [Barcelona, 1993, esp. pp. XXIV-XXVIII], han sacado algún provecho de esta obra en el contexto de la poesía moral de los Siglos de Oro. Las ideas de Pacheco tienen ciertamente una larga tradición en la historia de la Filosofía y de la Literatura desde la Antigüedad, y se nutren del estoicismo y de otras corrientes filosóficas en boga entre muchos intelectuales europeos [p. 55]. Pero resulta fácil vislumbrar además en ellas un eco del característico sentir del cristiano nuevo en la España del Quinientos, tal como puso de relieve Américo Castro en algunas de sus más conocidas monografías. El sentido y la significación de los *sermones* se entienden mejor a la luz de la íntima amistad de su autor con Benito Arias Montano, quien en su testamento quiso confiarle algunos encargos. Ambos compartieron inquietudes y aficiones en el célebre retiro de la Peña de Alájar, junto a sus más afectos amigos, según narra Pacheco en el *sermo* segundo, que constituye una especie de manifiesto de este grupo intelectual.

Muy oportuna resulta también la adscripción literaria de Pacheco a la escuela poética sevillana, de la que también formaron parte, entre otros, Juan de Mal Lara, Fernando de Herrera, Francisco de Medina, Diego Girón y Baltasar de Alcázar, con quienes mantuvo estrechas relaciones [pp. 29-30]. Grande fue asimismo la influencia que ejerció sobre su sobrino del mismo nombre, más conocido como suegro de Velázquez que por su obra pictórica y literaria, o por haber aglutinado en su taller de Sevilla a los más cultos ingenios de su tiempo. Son muy numerosos los estudios de toda índole que con-

funden la personalidad del canónigo con la del pintor homónimo, que a menudo solapa la de su tío. Incluso he hallado que la referencia bibliográfica de este libro en el catálogo informatizado de la Biblioteca Universitaria de Sevilla le asigna al poeta los años del nacimiento y muerte del pintor.

El propio libro no es ajeno a esta confusión de tío y sobrino, aunque sea sólo en la fotografía de la portada y no pueda atribuirse a su editor, quien sé que conoció el verdadero retrato del canónigo en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla, que propuso para ilustrar su libro. Pero el Servicio de Publicaciones de la Universidad Hispalense, en las pruebas de imprenta que entregó al editor, no incluyó la fotografía del retrato de Francisco Pacheco que había encargado, resultando ser de un cuadro con el retrato del pintor Pacheco, que también cuelga en las paredes de esa misma biblioteca, pintado por D. Joaquín Domínguez Bécquer (tío paterno del célebre poeta romántico), quien lo tomó de los retratos del autor. Según la escueta noticia de la memoria de Simón de la Rosa que publicó Francisco Collantes de Terán en un artículo sobre esta "Galería de retratos...", *Archivo Hispalense* III (1887) pp.169-176 y 234-241, el retrato del canónigo Pacheco fue "tomado de un dibujo de Pacheco que hizo copiar el Cabildo" (p.171). En el dibujo original del pintor Pacheco también debía de aparecer la mano con todos los dedos separados a excepción del corazón y anular, al igual que en el retrato que hizo Pacheco de San Vicente Ferrer (publicado tras la página 162 de *Archivo Hispalense* nº 161, año 1995).

Por no dejar al lector con la curiosidad de conocer el semblante del Licenciado Pacheco, incluyo en esta reseña una fotografía de este retrato, que no sé que haya sido publicado hasta hoy. Advierto que la leyenda del cuadro: "LICenciado FRANCisco PACHECO CANÓNIGO DESTA Santa YGLESia DOCTO Y SINGVLAR POETA. Murió Año de 1589", ha adelantado diez años la fecha de su muerte. A juzgar por su extraordinario parecido físico, y porque no es imaginable que hubiera quedado fuera de la obra, también corresponde al licenciado Francisco Pacheco el retrato de un poeta desconocido, igualmente laureado aunque con menos cabello y más años, que cierra el *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones* de Francisco Pacheco, ed. P.M. Piñero Ramírez y R. Reyes Cano, Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla 1985, p. 421. Siendo así, más que en el cuadro del Cabildo que reproduzco, en el que puede estar rejuvenecido e idealizado por el pincel del copista, ese retrato original de su sobrino reproduce con fidelidad el rostro del Licenciado Pacheco, ya casi sexagenario y próximo a la muerte, que parece anunciada en su semblante ya cansado y afligido.

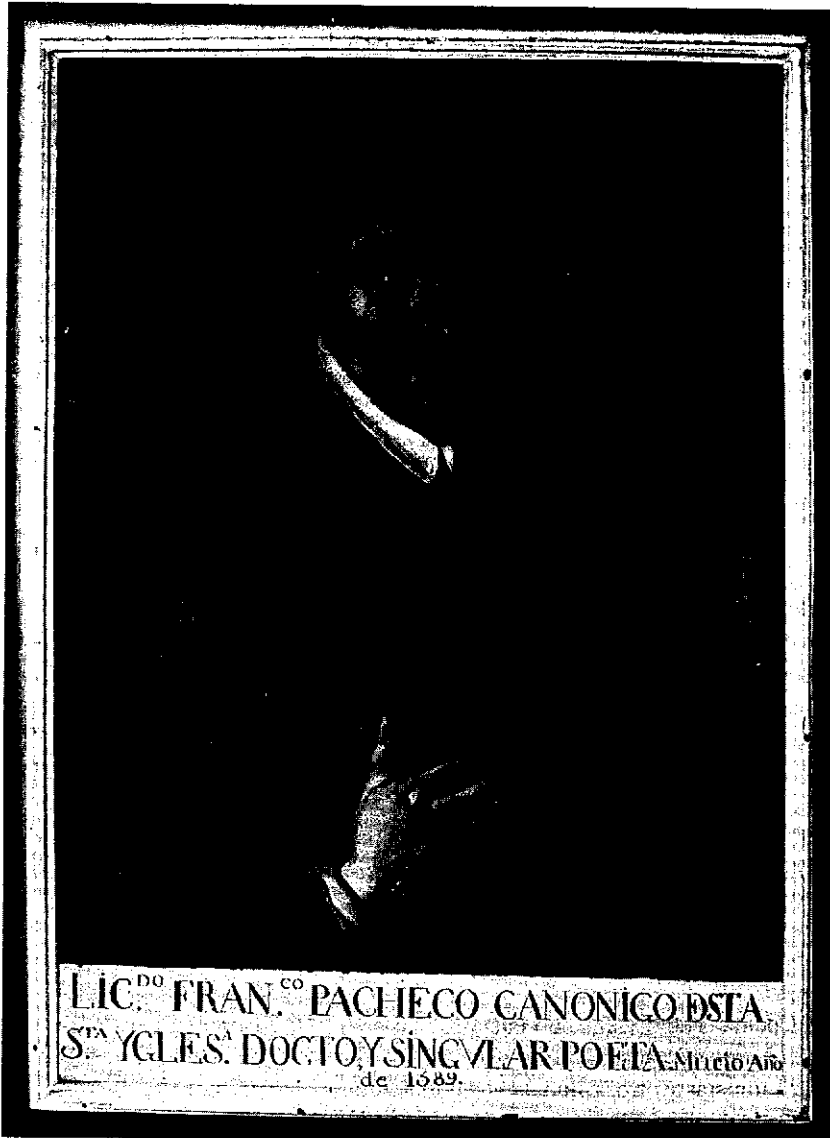
La edición, traducción y análisis literario de los poemas que ha llevado a cabo Pozuelo destaca por su rigor, escrupulosidad y aportaciones en diversos

ámbitos. Es incontestable la selección de lecturas a partir de las dos versiones autógrafas, aunque quizá ha desaprovechado la oportunidad de analizar con mayor profundidad los criterios del poeta al corregir su primera redacción, limitándose a unas reflexiones genéricas [p. 86] y algunas indicaciones puntuales [pp. 173, 177]. Un estudio más amplio podría contribuir a comprender mejor las particularidades del proceso creador en la composición y corrección de versos latinos. Y es que en muy contados casos, y nunca de autores antiguos, contamos con los autógrafos de poetas latinos, y más excepcional aún resulta que se conserven dos versiones autógrafas, como en este caso. El hecho de tratarse de una obra, y no es un tópicos, parangonable en muchos aspectos a la de los poetas de la Antigüedad, hace que adquiera una importancia aún mayor un análisis de esta índole, que nadie habría llevado a cabo mejor que el propio editor.

A las erratas y otras consideraciones señaladas en una reseña publicada en *Excerpta Philologica III* (Universidad de Cádiz, 1993, pp. 468-471), sólo puedo añadir, en la página 140, la geminación no etimológica en *critticum*, creo que arrastrada de forma mecánica por la geminada de la palabra anterior, *apparatum*. No es coherente haber desarrollado entre corchetes angulares el nombre de *F<ranciscus> P<acciecus>* [p. 96], escribir luego las iniciales sin más [p. 140], y en la traducción escribir el nombre completo sin corchetes [pp. 97 y 141]. El último poema, a pesar de su contenido amoroso y de estar por ello escrito en falecios, no presenta ningún calco textual de Catulo [cf. p. 66], pero sí recoge un abundante léxico propio de este autor, como *ocelli*, *dulcis* o *uita*, más relevante cuando coincide la posición del verso, como en el caso de *soles*, *amabo*, *mouetis*, *tenebra*, *colorat*, *clara* o *grauas*. Creo que esto podría haberse señalado al menos en una nota, pues el aparato de fuentes es en verdad modélico, y no merece ninguna objeción.

Así pues, tanto por el contenido y calidad literaria de los *sermones*, como por la excelente edición, traducción y estudio con que nos son presentados, estos poemas del Licenciado Pacheco constituyen una obra fundamental en el Renacimiento hispano. Merece Pozuelo por tanto el aplauso y agradecimiento de latinistas y otros estudiosos de la literatura y el pensamiento en nuestros Siglos de Oro, así como de cualquier lector moderno interesado por la condición humana y la relación del hombre con la sociedad y sus instituciones.

Joaquín PASCUAL BAREA
Universidad de Cádiz



Cuadro de la Biblioteca Capitular y Colombina. Fotografía: Paco Pascual